

ma profesión, además del vínculo común de los tres votos, se obliguen con voto especial, de modo que todo lo que el actual Romano Pontífice y los demás que existan en los diversos tiempos manden para provecho de las almas y propagación de la fe, y a cualquier región que nos quisieren enviar, sin ninguna tergiversación o excusa, enseguida, cuanto por nuestra parte pudiéramos... estemos obligados a ejecutarlo" (de las mismas letras apostólicas "Exposcit debitum").

Es calor que conviene a la naturaleza sagrada de este voto el que no sólo esté presente en la conciencia, sino que resplandezca por las obras y sea patente a todos.

Tales os quiso San Ignacio vuestro pa-

dre y legislador y tales os queremos también. Nos, teniendo por cierto que la confianza que en vosotros depositamos, encontrará plena correspondencia, y que la realización de tales deseos proporcionará a la Compañía de Jesús, donde quiera que ella en todo el orbe de la tierra lucha, ora y trabaja, copiosa mies de renovación de vida con esclarecidos méritos, que Dios premiará dignamente.

Deseándoos esto de todo corazón, a vosotros, miembros todos de la Compañía de Jesús que hoy nos rodeáis como corona festiva y gozosa, a todas vuestras empresas y a la grande esperanza que enciende en vuestros corazones hacia metas puras y elevadas, impartimos la Bendición Apostólica. ◆

## **alocución del p. mauricio giuliani**

**Alocución del P. MAURICIO GIULIANI (París), delegado por la Congregación para dirigir la palabra a los Electores, en la Sala para la elección del P. General.**

Reverendos Padres:

Hemos de elegir a nuestro nuevo Preósito General. De esta elección depende en gran parte la evolución y progreso de la Compañía en los próximos años. Ahora es tiempo de que la conciencia de los miembros de la Compañía se agudice y se ilumine, a fin de realizar, como si dijéramos visiblemente, nuestra vocación. Para este fin ayudarán, como espero, algunas consideraciones de la contemplación del Reino de Cristo, según se expone en los Ejercicios. Sabemos que esta contemplación, junto con la de las dos banderas, constituyen el núcleo de los Ejercicios y expresan la primitiva experiencia de donde nació la Compañía. Concentradas así

nuestras miradas, beberemos como de su fuente el espíritu de nuestro fundador, que debe mover toda nuestra elección, y al mismo tiempo podremos tener la esperanza de trazar mejor la semblanza del hombre que espera la universal Compañía.

I. — De esta contemplación del Reino, S. Ignacio pretende que explayemos nuestro corazón hacia la inmensidad de todo el orbe: "Ver a Cristo N. Señor Rey eterno, y delante de El el universo mundo". Nada nos puede hoy estimular más que el dirigir nuestra mirada detenidamente por el mundo. Permanezcamos, Padres, en esta contemplación para que percibamos, y sintamos hasta lo más íntimo de nuestro corazón el vehemente clamor de los hombres de hoy, que llega hasta nosotros desde todas las partes del mundo, desde todos los pueblos, desde todas las razas, culturas y lenguas.

Pretenden los hombres, descubierta su dignidad y solidaridad, superar poco a poco las internas oposiciones de las clases y de las naciones, para que puedan instaurar un apto orden económico y político en el que las modernas técnicas y las ciencias concurren a desterrar el hambre, proscribir la guerra, establecer la justicia, exterminar toda clase de servidumbre.

Más aún, en esta conmoción de cosas por la que peligra el orden antiguo y se transforma en otro nuevo, las culturas y civilizaciones establecen entre sí varias



y diversas relaciones para la promoción de la humanidad. Promoción por cierto, muchas veces incierta y ciega, en la que el hombre mismo, sin que lo advierta, llama a juicio los mismos fundamentos de su propia condición.

Finalmente, para decirlo de manera más profunda se difunde entre las varias células vivientes de la humanidad, del mismo modo que nuestro cuerpo se renueva por el continuo flujo de la sangre, la fuerza de aquel divino amor con que el Creador se extiende a todas las criaturas. Hay quienes reconocen y aceptan ese amor, pero ¿cuántos hay también que no lo sienten, lo desprecian o rechazan porque quieren construir el mundo sólo con sus propias fuerzas?

Es propio de nuestra Compañía entender y sentir estas mudanzas fundamentales de la humanidad, penetrar audazmente las nuevas instituciones discernir las aspiraciones que se difunden, para que se nos manifieste la divina voluntad en estas renovaciones. ¿Con cuánta prontitud, pues, ha de ser aceptada por nosotros aquella misión que el Sumo Pontífice nos encomienda cuando pide de la Compañía que se oponga fortísimamente al ateísmo! ¿Qué hay más conforme con nuestra vocación que el promover "la mayor gloria de Dios" entre los hombres de hoy?

No juzgo haberme apartado de la obligación que ahora me incumbe, Reverendos Padres. Porque hemos de escuchar con nuestros oídos ese clamor del mundo que trabaja y sufre, cuando elijamos a nuestro Superior General; la repercusión de ese clamor debe conmover nuestro corazón. Necesitamos un Preósito que mantenga a nuestra Compañía continuamente conectada con el mundo, al que llevemos de modo conveniente la palabra de la salvación. A nuestro Preósito no le será suficiente continuar creando obras particulares destinadas a necesidades particulares, sino que, atento al bien universal, nos ayudará, como a compañeros de Jesús, a abrazar el universo mundo en su integridad y amplitud, y a cooperar a la Redención de nuestra época. "Mi voluntad es la de conquistar todo el universo". Nuestro Padre General, según el corazón de San Ignacio, será aquel que nuestro perseverantemente a las miradas de la Compañía las necesidades universales de en la Iglesia se perfeccione hoy más con e nla Iglesia se perfeccione hoy más con la gracia de Dios.

II. — Mientras así rueda el mundo, a cada uno de nosotros Cristo reitera su vocación: "Quien quisiere venir conmigo debe trabajar conmigo, para que, siguién-

dome en la pena, también me siga en la gloria". "Conmigo": todo se expresa en esta palabra, que no es programa de acción ni sistema intelectual, sino llamado y vocación a una unión personal e íntima con el Señor Jesús, para trabajar por El, con El, en El.

Hemos experimentado, Padres, que nosotros al principio de nuestra vocación hemos oído esa palabra de Cristo, a la que hemos respondido con el ímpetu de nuestra juventud. Después mientras se formaba nuestra personalidad y era arrebatada por el amor de Dios, esa palabra ha resonado en nuestros oídos cada día de modo más apremiante. Hoy finalmente, más que nunca, está patente a cada uno de nosotros la fuente de nuestra religiosa consagración y de nuestro apostolado. No sabemos más que a Jesucristo, en el cual todas las cosas de tal manera se toman, que, mientras amamos al mundo y sus bellezas, llevamos en el corazón un solo único amor que abraza indivisiblemente a nuestro Cristo amantísimo juntamente con el mundo universo salvado por El.

Diré más. El centro y el corazón de todo nuestro Instituto reside en esta comunicación, en la cual Cristo y cada uno de nosotros uno para el otro somos mutuamente todas las cosas. Ciertamente, el Instituto consta de un cuerpo de prescripciones con que se define un cierto modo de vivir en la Iglesia; por lo que algunas veces no sabemos distinguir bien lo que es vital y no puede rechazarse de aquello que es accesorio y resulta para nosotros impedimento. Pero si queremos entender verdaderamente el Instituto y adaptarlo a nuestro tiempo es menester que continuamente percibamos la inspiración de aquello que no se encuentra en la ley escrita, sino en aquel "conmigo", que es fuente de toda vida y progreso, es decir en la oblación que cada uno de nosotros hace a la persona de Jesucristo. Ninguna ley tenemos en la Compañía de Jesús a no ser esta: que Cristo se comunique más a nosotros, que sea amado más por nosotros y que vayamos a trabajar a su viña con más gusto.

Entonces, si no me equivoco, viviremos verdaderamente contentos en la Compañía de Jesús. Por las mismas estructuras que son necesarias a la Compañía de Jesús como a cualquier sociedad humana, se renovará y crecerá en nosotros aquel fervor sin el cual los hijos de San Ignacio perderían su verdadero carácter. Puesto que la Compañía de Jesús, fundada en aquel "conmigo" y en aquel amor fraterno que une a Cristo y a sus miembros, según la hermosa frase del Padre



Nadal se hace toda "una fuerza vehemente" y "se edifica con la exultación del espíritu del fervor". Advertid, Padres: Nadal no dice que la Compañía de Jesús se edifica con leyes y con reglas, sino con aquel fervor que nace del amor. Del mismo modo, evocando al águila, ve Nadal a la Compañía de Jesús que vuela con dos alas para la defensa y la propagación de la fe, y escribe: "Las dos alas de la Compañía de Jesús son las partes de la misma compañía que se dedican a la salvación de las almas en la India y en Alemania y levantan el cuerpo de la Compañía".

La Compañía de Jesús apoyada en Cristo se mueve con gran impulso.

Finalmente, este "conmigo" lo vivimos en la contemplación del Reino en la Iglesia, por la cual y en la cual se realiza y se perfecciona la oblación nuestra. No hay tiempo para conmemorar más la relación vital que existe entre Cristo y su Iglesia. Baste recordar que la Compañía de Jesús reconoce todo el misterio de Cristo presente en la Iglesia moderna: la Compañía de Jesús colabora con Cristo Rey cuando cumple las misiones de la Iglesia. Principalmente en esta hora del Concilio Vaticano segundo, en el cual la Iglesia procura mostrar con más fidelidad el rostro de Cristo a todos los hombres; en el cual, casi saliendo de sus límites instituye un nuevo contacto con todos los seres; importantísima misión es para la Compañía de Jesús recibir gustosamente esta renovación de la Iglesia, sostenerla infatigablemente y aumentarla con todas sus fuerzas renovándose para ello a sí misma de modo que se encuentra más apta y mejor dispuesta para servir a Jesucristo en la Iglesia.

Que el futuro Padre General nos ayude a cumplir esas tres aspiraciones, que bosquejé brevemente, a saber: que respondamos con sincero amor al amor de Jesucristo para con nosotros; que el modo de vivir en el Instituto nuestro que se nos proponga se adapte y se vivifique de modo que con la fidelidad religiosa cada día se confirme más nuestra unión con la persona de Cristo; finalmente que nos empuje a sentir con la Iglesia, tal como ella se presenta a nosotros en este tiempo. El nuevo Padre General que sea elegido nos demostrará su amor a la Compañía de Jesús, que es una de las principales dotes que requiere San Ignacio del General, si estimula en nuestros corazones el amor a Jesucristo.

III. — Permítaseme finalmente, Padres, agregar el último punto con el cual llegamos al final de la contemplación del Reino, a saber a la oblación de mayor

estima y momento. Lleva a la total entrega de sí, hasta la abnegación íntegra de modo que nos asemejemos a la persona del Señor Jesús y por medio del sacrificio de las propias pasiones participemos en su eficaz obra salvadora. Aquí tocamos la perfección verdaderamente ignaciana, que formó tantos apóstoles eximios en la Compañía de Jesús libres de todo egoísmo, entregados con Cristo al servicio del prójimo en la muerte cotidiana.

Hoy más que nunca percibimos cuánto urge la labor apostólica, y por más que lo sintamos no es suficiente. La misma Iglesia nos mira con gran expectación y quiere que no pongamos ningún límite en el servicio que pide de nosotros. Pero sabemos que no hay verdadero apostolado si no se experimenta la pasión de Cristo, para conseguir la resurrección de Cristo: sin el derrame de sangre no es posible la redención. Si queremos trabajar para que renazca el mundo por medio de la resurrección de Cristo, nuestro trabajo a la vez debe ser pasión y muerte. Esta es la ley de la vida que necesariamente debe pasar primero por la muerte.

Me atrevo a decir que nosotros esperamos que nuestro Padre General ayude a toda la Compañía de Jesús, y a cada uno de sus miembros a entrar íntimamente en aquel misterio de muerte para llegar a la fecundidad, de modo que podamos llevar al mundo actual, en estos tiempos tan difíciles, aquella salvación que no es el fruto de nuestros humanos deseos, sino que nace de la fuente viva que surge del costado de Cristo.

Así el Padre General ayudará a la renovación en el Espíritu Santo, renovación que se desea tan ardientemente en nuestras provincias y en nuestras casas para la Compañía de Jesús, no en cuanto al número y fama de sus trabajos, sino la renovación del vigor espiritual de todos nosotros en el servicio de la Iglesia, es decir en el servicio de Cristo que vive hoy en nuestra historia humana.

Reverendos Padres, San Ignacio pide que antes de la elección del Padre General se tenga una alocución que ayude a los electores para que elijan aquel hombre que mejor convenga para el mayor servicio de Dios. Me he esforzado en responder al deseo de San Ignacio, sin comentar el capítulo segundo de la novena parte de las Constituciones, puesto que dicho capítulo ya ha sido meditado durante mucho tiempo por nosotros; pero he propuesto humildemente a vosotros en tres notas las principales cualidades que parece que se han de preferir para el bien de toda la Compañía de Jesús. Que sea por lo tanto un varón muy abierto al



mundo actual de modo que perciba las aspiraciones y necesidades del mismo. Que nos ayude a penetrar el misterio de Jesucristo para que "seamos puestos con el hijo" (según la petición de San Ignacio que fue oída en La Storta). Para esto, de tal modo ame el Padre General a la Compañía de Jesús que sepa distinguir las fuerzas vivas que hay en ella de modo que con ellas responda fielmente a su vocación. Finalmente que nos ayude a nues-

tro apostolado que se ha de fundar en la Pasión y Resurrección de Cristo, con esa perpetua conversión y liberación del corazón sin la cual no se da la verdadera eficacia.

Roguemos a Dios con unánime y humilde oración para que disponga nuestros corazones con aquella total indiferencia que hemos buscado durante cuatro días, de modo que nos decidamos por la moción del Espíritu Santo.

## la elección del m. r. p. general

**U**N español de las Vascongadas es el nuevo sucesor de San Ignacio. El Padre Pedro Arrupe fue elegido ayer vigésimo-octavo preposito general de la Compañía de Jesús, al tercer escrutinio de la XXXI Congregación General de los Jesuitas por mayoría absoluta de los 218 delegados que integran la asamblea. El Santo Padre ha ratificado el resultado de la elección que le fue comunicado inmediatamente y ha enviado al nuevo general de la Orden ignaciana su bendición especial.

El Padre Arrupe es el sexto preposito español entre los veintiocho que han gobernado la Compañía durante los cuatro siglos de su historia. De los restantes, once son italianos, cuatro belgas, dos polacos, dos alemanes, uno de Suiza, otro de Holanda y otro de Bohemia. Sucede en el gobierno de la Compañía de Jesús al Padre Janssens fallecido en el pasado octubre, y con su designación concluye el mandato del canadiense Padre Swain como vicario general designado por el propio Padre Janssens antes de su muerte, que ha regido la Orden en estos últimos ocho meses.

### DATOS BIBLIOGRAFICOS DEL NUEVO PADRE GENERAL

El P. Pedro Arrupe nació en Bilbao (España) el 14 de noviembre de 1907. Su padre fue un gran apóstol de los ejercicios espirituales de S. Ignacio; todos los años, para la Semana Santa organizaba

en Loyola un curso entre los más ilustres varones de Bilbao. Como fruto del curso del año 1901 fundó con otros un periódico católico conocidísimo en aquella región: "La Gaceta del Norte".

Nuestro Padre Arrupe estudió durante seis años (1916-1922) en el Colegio de los Padres de las Escuelas Pías. En el año 1918 entró a formar parte de la Congregación Mariana de la ciudad y el año 1920 figuraba entre los miembros de la Comisión Directiva de la misma, primero como director del teatro, después como vicepresidente. Escribió varios artículos en el diario de la Congregación "Flores y frutos".

En el año 1922 entró en la Universidad de Madrid para estudiar medicina. El 14 de enero de 1927, interrumpió sus estudios y entró en la Compañía de Jesús en la Casa de Loyola. En el otoño de 1931 comenzó la filosofía de Oña (Burgos), pero por el decreto del gobierno español que disolvía la Compañía de Jesús, el día 13 de febrero de 1932 se trasladó a Marneffe (Bélgica), donde terminó sus estudios de filosofía. Comenzó inmediatamente la teología, sin hacer magisterio, en Valkenburg. Hablando recibido el sacerdocio en Marneffe el 30 de julio de 1936 hizo su cuarto año de teología (1936-1937) en el St. Mary's College en EE.UU. Después de algunos trabajos apostólicos en Méjico durante el verano (1937-1938), hizo su tercera aprobación en Cleveland (Detroit). Después estuvo trabajando durante tres meses en Nueva York con los emigrantes de habla castellana, principalmente con los nacidos en Puerto Rico, y el día 15 de octubre de 1938 se embarcó para el Japón, su segunda patria.

Después de estudiar el japonés en Tokio, durante algunos meses vivió en Settlement (Obra Social de la Universidad de Sofía) para imitar la vida de la gente pobre del Japón y conocer mejor su men-